

Filosofía y psicoanálisis: un breve ensayo basado en la película “El día en que Nietzsche lloró”

Óscar Weimar Vallejo López
Director Departamento de Humanidades
Universidad Mariana

Y quien tiene que ser un creador en el bien y en el mal, en verdad, ése tiene que ser antes un aniquilador y quebrantar valores... Y que caiga hecho pedazos todo lo que en nuestras verdades pueda caer hecho pedazos. Hay muchas casas que construir todavía.

Friedrich Nietzsche

Quiero hacer una pequeña digresión para preguntaros si sabéis qué es lo que se denomina terapia analítica. Llamamos así a un método terapéutico que, en lugar de atacar las manifestaciones de una enfermedad, busca suprimir las causas de las mismas a través de un diálogo directo y permanente con el paciente para indagar sobre sus recuerdos.

Sigmund Freud

Preludio

Las siguientes líneas surgen a partir de la ejecución del Cine-Foro perteneciente a *Filosofía y extramuros 2023*, una estrategia didáctica y extracurricular utilizada semestre tras semestre para estimular el quehacer crítico de los educandos marianos, quienes participan de tertulias, foros filosóficos y seminarios alemanes, no solo como complemento de su formación académica, sino también en virtud de la práctica argumentativa que exige la filosofía como tal, donde se pudo proyectar la película *El día que Nietzsche lloró*, del director Pinchas Perry, cuya acogida fue positiva en los diferentes programas de pregrado de la Universidad Mariana. Especialmente, los estudiantes del curso institucional denominado *Pensamiento filosófico*, solicitaron un

material adicional para continuar el ejercicio hermenéutico que exige este tipo de textos audiovisuales; en este sentido, se pudo compartir unas cuantas reflexiones que se concreta mediante este escrito.

Dos reflexiones fundamentales

A continuación, se considera un aspecto central a saber: esto es, el ser humano en cuanto tal, tópico que será brevemente dilucidado desde dos conceptos claramente expresados en el filme, teniendo en cuenta que está basado, a su vez, en la novela cuyo título es *El día que Nietzsche lloró*, del escritor y psicoterapeuta estadounidense Irvin David Yalom. Estos son: *la muerte de Dios* y *la cura mediante el habla*. Para comprender esto, es necesario manifestar que desde hace varios decenios y, de manera específica, en la época moderna, las categorías de *Hombre* y de *Dios* han sido un *leit motiv* en las múltiples reflexiones de científicos e intelectuales de los últimos tiempos. Tales son los casos de Joseph Breuer y Friedrich Nietzsche (personajes célebres en el mundo epistemológico y filosófico y, a la vez, protagonistas de la cinta), quienes muestran la consideración primaria que tienen ambos por entender al humano desde sus realidades diversas.

Tras los avances epistemológicos y tecnológicos de los siglos XVIII y XIX de nuestra era y, posteriormente, de los periodos consecutivos donde se incrementa tal condición, la idea de Dios entra en un ámbito negativo y el individuo busca un nuevo *sentido* de *existencia*. Es aquí donde Nietzsche (1984) proclama la reconocida frase: “¡Dios ha muerto y todos nosotros le hemos matado!”. Esta aseveración significa, por un lado, no solo un ateísmo convencional, sino una pérdida del rumbo humano como tal, porque desde antes, las bases antropológicas se hallaban cimentadas en las creencias divinas, en la religión y en una moral tradicional, la cual soporta normas sociales, políticas, ideológicas y culturales cuya teleología busca establecer un beneficio y una coexistencia general y de bienestar total, aspecto que se ha transformado en el transcurso del centenio. Este argumento se basa en la idea de Weyland (1953): “Por este motivo, Nietzsche ha hecho de la crítica de la religión y de la moral, el centro mismo de la filosofía. Y con ello, un surgir de una nueva imagen del hombre cuando estos valores han sido superados” (p. 17).

Por otro lado, *la muerte de Dios* adquiere otra comprensión que refiere a un nuevo camino que los seres humanos pueden asumir para rescatarse a sí mismos; es decir, pensarse como individuos originales y concretamente terrígenos, víctimas de sus propios actos, acciones, emociones, ideas y sensibilidades, sin caer en fundamentos sobrenaturales y globales, sino más bien, desde las bases auténticas y reales, como, por ejemplo, la verdad empírica, los deseos, los valores y las prácticas éticas.

Lo planteado se puede observar en la película, cuando uno de sus protagonistas, Friedrich Wilhelm Nietzsche, papel central asumido por el actor norteamericano Armand Assante, fija su mente y actitud desde el gran amor que le profesa a una de las coprotagonistas, Loue-Salomé, rol representado por la actriz canadiense Katheryn Winnick, quien ejerce un sentimiento no correspondido hacía él. Pese a ello, el sentido de existencia del filósofo alemán supervive, en intensa medida, gracias a dicha ilusión y a tan particular expresión intersubjetiva. En otra escena se puede identificar cómo el pensador, tras sus múltiples quebrantos de salud y fuertes desencantos emocionales, no decide acudir a milagros ni a orientaciones morales y/o religiosas, sino a distintas alternativas estrictamente humanas y vivenciales (conocimiento científico). Verbigracia: escribir en tanto catarsis existencial, dedicarse al arte musical (sublimación estética) o, dedicarse a las álgidas conversaciones con su médico y amigo Joseph Breuer, quien en la vida real es Ben Cross, personaje que le guiará también, bajo una ayuda científica y típicamente humana, mas no a través de recursos ultra divinos y abstractos.

Así, se observa desde el inicio hasta terminar el filme, cómo Nietzsche y Breuer trabajan el tema de *La muerte de Dios*, centrándose en la relevancia que tiene el Hombre como punto de origen y culminación de la vida en el mundo y su entendimiento del mismo; por tal razón, es menester considerar una idea definitiva, la cual hace alusión a la ayuda que mutuamente se ofrecen los dos personajes.

Bajo tal consideración, es conveniente decir que la ayuda de la *cura mediante la palabra*, nombre por el cual Joseph Breuer denomina así a su técnica médico-psicológica es la que, posteriormente, su estudiante más aventajado, Sigmund Freud, representado por Jamie Elman, mejorará y llamará como el método de la asociación de las ideas libres y/o psicoterapia, que ayudará no solo a tratar desórdenes mentales, sino a comprender a los sujetos como seres envueltos en un entorno diverso donde confluyen al mismo tiempo, las profundas alegrías y/o tristezas humanas. Dicha característica guarda una estrecha relación con el pensamiento nietzscheano, puesto que vislumbra de modo contundente, el fuerte y marcado interés por una hermenéutica del individuo. Al respecto, como sugiere Weyland (1953), se puede manifestar lo siguiente:

[...] Los hallazgos de Nietzsche en la filosofía han sido confirmados en el terreno de la experimentación por Freud, quien descubre cómo el hombre moderno es enfermo por conflictos cuya causa última es la oposición entre su pensamiento y su instinto. Por ello, Freud también analiza los valores desde la perspectiva de lo que conviene al hombre para ser sano, y la terapia analítica apunta la transformación del mismo en un sentido similar al señalado por Nietzsche. (p. 18)

Quizá, la parte más atrayente de esta cinta es cuando Nietzsche y Breuer entablan una serie de encuentros y reencuentros donde ambos se dedican a dialogar íntimamente sobre el trasegar de sus vidas, compartiendo, exaltando y respetando, de forma directa, no solo las distintas vicisitudes privadas que los caracterizan, sino la concepción personal que posee y sustenta cada uno de ellos, desde lo más placentero hasta lo más hostil de sus existencias colaterales.

En esta línea, se aprecia cómo la locución interhumana puede convertirse, primero, en una vía demostrable y confiable para tratar desbalances mentales y/o afectivos; y, segundo, en una relevante e inherente cualidad de la naturaleza humana, en pro de poder manifestar sus actos y emociones básicas y, al mismo tiempo, convertirla en una adecuada herramienta para emitir y transmitir todo aquello que aqueja, satisface, preocupa, alegría, angustia, tranquiliza, etc., a una persona en su diario convivir. Este aspecto es particularmente significativo a la hora de explicar la génesis de lo que en el ámbito contemporáneo se denominará como *Logoterapia*, cuyo creador es el psiquiatra austriaco Víctor Emil Frankl (2018), quien permite comprenderla en términos de “análisis existencial y compromiso ontológico” (p. 138):

La logoterapia intenta que el paciente tome plena consciencia de su responsabilidad personal; por tanto, lo fuerza a elegir, por qué, de qué o ante quién se siente responsable. De ahí que el logoterapeuta sea el menos indicado, entre los psicoterapeutas, para imponer al paciente algún juicio de valor, porque nunca dejará que el paciente le transfiera la responsabilidad de juzgar su vida. Corresponde al paciente decidir si debe interpretar su vida con responsabilidad ante la sociedad o ante su conciencia. (p. 138)

Así las cosas, entender al ser humano es un acto necesariamente vital y lingüístico, ya que el lenguaje no solo es una estructura de signos y símbolos comunicativos, sino también un cúmulo de significantes que componen la vida misma desde las palabras, los objetos, gestos y actuaciones cuya interpretación descansa en las emociones, ideas y sentires humanos. En la película se da un ejemplo cuando Nietzsche ayuda al doctor Breuer a tomar la decisión de enfrentar los propios miedos de un amor confuso con una de sus pacientes, Anna O., representada por la actriz israelita Michal Yannai, para salvar su posible rompimiento matrimonial con su esposa y la disolución filial de sus hijos. Una segunda referencia se encuentra al culminar el filme; la escena es la siguiente: Nietzsche, después de ayudar al doctor Breuer a aliviar sus temores espirituales, decide entablar un último diálogo con él. En tal situación, sucede algo esencial y altamente relevante: el rostro del filósofo se baña de lágrimas y su alma expresa un llanto oculto y reprimido, el cual le había ocasionado flagelos y tormentos a su existencia individual.

Es de concebir que, gracias al método del diálogo directo, una vez más el espíritu de una persona se ha liberado y, por ende, depurado. Esta vez es Nietzsche, quien decide purificar su pensamiento arrojando fuera de sí, sus más espantosos recuerdos de un desamor intrigante y funesto. Nuevamente, la palabra hablada ha hecho su efecto afirmativo, demostrando que los individuos son lenguaje y, con éste, la existencia más vasta y espléndida, puesto que, de esta manera, la persona es capaz de significarse a sí misma.

Consideración final

Para concluir este escrito, conviene manifestar que al culminar la cinta cinematográfica, ambos protagonistas (Nietzsche y Breuer) deciden partir y alejarse el uno del otro, no únicamente porque los dos tienen senderos y anhelos diferentes, sino porque cada uno de ellos enfatiza una idea cúspide: cada quién debe continuar descubriendo y edificando su propio *sentido de vida*, dado que, su individualidad se afirma en su caminar auténtico y único; es decir, en sus propias existencias, cuya humanidad queda enmarcada en una nueva concepción antropológica, donde *Hombre* y *Lenguaje* se fusionan en un nexo de tensión permanente para propiciar una ontología esencialmente terrígena y una comunicación intersubjetiva, máxime cuando los citados personajes reflejan el advenimiento de una época revolucionaria e innovadora, la cual colocará en constante renovación el propio Ser.

Esta idea de la película puede reforzarse con lo siguiente:

Anunciar el acontecimiento nietzscheano desde la apertura intempestiva que configura nuestro siglo, es apreciar la vacuidad del Ser del hombre en toda su efervescencia. Es aquí cuando se percibe la *Buena Nueva* como nulidad ontológica que lleva a pensar, de otra manera, el existir de los sujetos. (Vallejo, 2011, p. 38)

Referencias

- Frankl, V. (2018). *Psicoanálisis y existencialismo: de la psicoterapia a la logoterapia*. Fondo de Cultura Económica.
- Nietzsche, F. (1984). *Obras inmortales*. Editorial Edaf.
- Vallejo, Ó. (2011). Nietzsche y el principio de la nada. *Revista Avatares*, (2), 38-40.
- Weyland, M. (1953). *Una nueva imagen del hombre: a través de Nietzsche y Freud*. Editorial Losada.